

# La posmodernidad, ¿una moda?

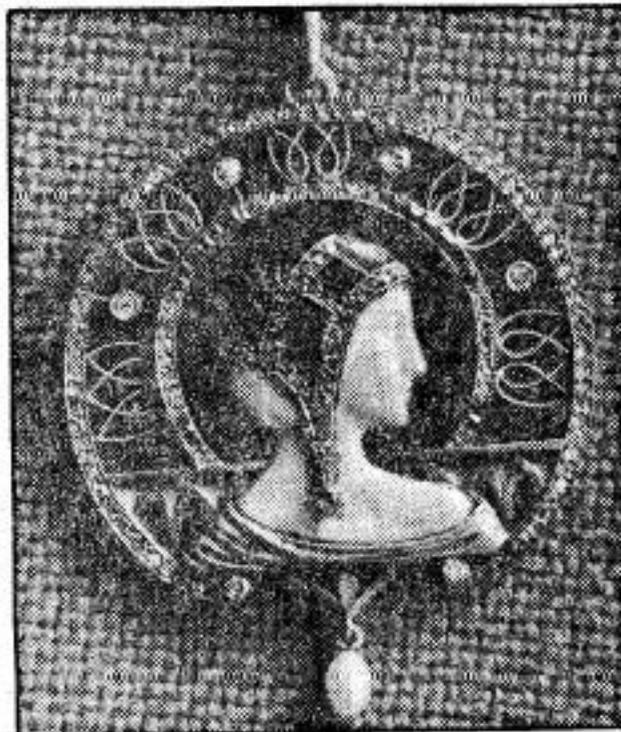
EN ocasión del artículo "Dali y la posmodernidad" ("La Vanguardia", 31 de agosto 1955) he podido constatar el rechazo que este término produce a ciertas personas atentas, al menos aparentemente, a la actualidad. Esta negativa pone un interrogante sobre si lo que se llama la vanguardia está hoy de verdad en primera línea. Personalmente sospecho que algo ha cambiado en los últimos 20 años y si pensamos que la edad moderna, que tantos intelectuales se esfuerzan en no abandonar, empezó con la caída de Constantinopla, no creo que sea precipitado considerar que estemos en las postrimerías de una época y algo que llamamos, acaso de una manera provisional, la posmodernidad haya empezado.

Evidentemente no me interesan muchas manifestaciones que se cobijan bajo el término de posmoderno o que, a la ligera, se les atribuye como la "movida madrileña"; la confusión con el diseño Memphis o ciertos "tics posmodernos", como los llama Narcís Comadira, refiriéndose a los arbitrarios detalles de decorador a la moda.

Es natural que todo lo que aparezca dentro de la posmodernidad no sea bueno. ¿Qué estilo tiene todos sus ejemplos ejemplares? Pero hay que tener en cuenta algo que está delante de nosotros, como "El nombre de la rosa" de Umberto Eco, la arquitectura de Bofill y de James Stirling, el "Amadeus" de Milos Forman, los textos de Baudrillard y de Paul Virilio o la monarquía de Juan Carlos I.

Los detractores del término consideran que los posmodernos, como los usuarios del reloj analógico, son retrógrados, pero cabe preguntarse si continuar con la sistemática y amanerada práctica del arte abstracto y de la arquitectura racionalista tiene, hoy por hoy, algo que ver con la creatividad, la imaginación y en último término con el progreso. Sin embargo, hacer un esfuerzo para no tomar una posición demasiado apasionada e intentar esclarecer un poco lo que es la posmodernidad.

Esta nueva actitud, esta nueva manera de hacer, nace del desencanto que producen las vanguardias de la primera mitad del siglo XX, de sus obras cada vez más elitistas y estériles y



que a pesar de su nimiedad evidente han sido arrojadas con una "literatura" trascendente hasta la cursilería; surge también de la crisis del proyecto de civilización basado sobre el progreso tecnológico y del fracaso tanto de las utopías revolucionarias como del pragmatismo a ultranza.

**S**OY consciente que somos hijos de la época de los "ismos" y por tanto sería ingrato e injusto considerar sus esfuerzos y sus logros como totalmente negativos (incluso Charles Jencks, en su libro "The language of post-modern architecture", nos hace ver que las obras modernas y posmodernas están totalmente imbricadas y que a veces la frontera se reconoce con dificultad), pero sería tonto poner los ojos en blanco, como en el cuento "El nuevo traje del emperador", de Andersen, y considerar geniales todos los productos que insisten en continuar indefinidamente un lenguaje fácil, ingenuo, pretencioso y aburrido que hacía exclamar a Vladimir Nabokov: "El arte es difícil. Lo fácil es lo que se ve en las exposiciones modernas de garabatos y monigotes".

El desencanto y su resultado, el aburrimiento, son el motor que nos impulsa (desde 1950, según Lyotard; desde 1965, según Umberto Eco, o en 1970, según Alexandre Cirici) hacia la posmodernidad y el arte vuelve al tema, a la personificación, a la representación y no se avergüenza en citar obras del pasado si esta cita, entre irónica y admirativa, está hecha con inteligencia y con una voluntad "antipompiere". Se recupera para el arte el de ser verdaderamente un medio de comunicación, su función narrativa y su sentido metafórico, la amenidad, el ornamento, su intención lúdica (la intriga en la novela, la fachada en la arquitectura).

**P**ARADOJICAMENTE las nuevas tecnologías facilitan las cosas en este sentido. La repetición y la producción masiva fue la característica de la plástica y especialmente de la arquitectura modernas. Gracias al ordenador y a las técnicas sofisticadas actuales es posible realizar obras cada vez más personificadas y nuestro mundo puede ser "amueblado" de una manera que nos dé una imagen más parecida en sus resultados (ya que no, evidentemente, en su estilo) a la Roma del Barroco, al París de Haussmann o a la Barcelona del Eixample, que a los bloques-colmena de la arquitectura funcional.

Esta nueva era ya viene anunciada de lejos: "l'art déco" fue hacia los años 20 una preposmodernidad; los surrealistas tienen a veces posiciones posmodernas y en este sentido, en mi anterior artículo, consideré a Dalí como un precursor; Picasso mismo, en su etapa de 1917 a 1923 trabaja en unas pinturas que, como los "noucentistes" apuntan también en este sentido; los arquitectos del Grupo R, con la utilización de la artesanía y su estilo pop fueron, "avant la lettre", posmodernos.

Se podrá ver acaso, a raíz de estos ejemplos, un eclecticismo descarado, pero esto es, precisamente, lo que demuestra que la posmodernidad no es un estilo, ni mucho menos una moda, sino el inicio de una nueva época.

JOSEP MARIA SUBIRACHS